

Un mundo propio

Título original:

A World of My Own (A Dream Diary)

© Verdant S.A., 1992

Primera edición: octubre de 2014

Copyright del prólogo: © Yvonne Cloetta, 1992

Copyright de la traducción © Eugenia Vázquez Nacarino, 2014

Ilustración de la cubierta: © Ramon Sanmiquel, 2014

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

© de la presente edición

La uÑa RoTa

Apdo. de correos 380, 40080 Segovia

ediciones@larota.es

www.larota.es

Depósito legal: SG-271/2014

ISBN: 978-84-95291-31-8

IBIC: FA

Impresión: Villena Artes Gráficas

Impreso en España

Graham Greene
Un mundo propio

DIARIO DE SUEÑOS

TRADUCCIÓN

Eugenia Vázquez Nacarino



Ediciones La uña Roja
Colección Libros Robados

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	19
I FELICIDAD	25
II ALGUNOS ESCRITORES FAMOSOS QUE HE CONOCIDO	29
III EN EL SERVICIO SECRETO	39
IV ESTADISTAS Y POLÍTICOS	53
V GUERRA	67
VI MOMENTOS DE PELIGRO Y MIEDO	77
VII UN TOQUE DE RELIGIÓN.	85
VIII BREVES CONTACTOS CON LA REALEZA.	99
IX EL OFICIO DE ESCRIBIR	105
X TABLAS Y PANTALLA	111
XI VIAJAR	121
XII LECTURA	131
XIII CIENCIA.	137
XIV ¿AMOR?	139
XV UNA PEQUEÑA VENGANZA.	141
XVI MI VIDA EN EL HAMPA	143
XVII EXPERIENCIAS DESAGRADABLES	147
XVIII ANIMALES PARLANTES	149
XIX ENFERMEDAD Y MUERTE.	153

PRÓLOGO

Pocos días antes de morir, cuando su hija Caroline y yo estuvimos con él en L'Hôpital de la Providence, en Vevey, Graham Greene me pidió que dejara listo para imprenta su diario de sueños. Así pues, únicamente el firme deseo de cumplir la promesa que le hice me impulsa a escribir un modesto prólogo a este libro póstumo, que él tituló *Un mundo propio*.

Graham protegía su vida privada con el mismo celo con que respetaba la de los demás. Nunca quiso escribir una autobiografía (tras haber «cerrado actas con apenas veintisiete años» al publicar *Una especie de vida*), porque, según decía, inevitablemente hubiera requerido incursiones en la intimidad de otras personas. El mundo privado de sus sueños, en cambio, lo cultivó con esmero en los diarios que escribió cotidianamente a lo largo de los últimos veinticinco años.

De entre todos ellos, Graham decidió dar a conocer al público esta pequeña selección, elegida con cuidadoso y meditado criterio. Pasó los últimos meses de su vida enfrascado en el proyecto. Le intere-

saba. Y uno de los placeres de este libro es sin duda el goce con el que se esmeró en escoger los sueños.

En el mundo del subconsciente y la imaginación —un mundo *farfelu*, como solía definirlo—, donde todo se entrecruza y se confunde más allá del tiempo, salta a la vista que Graham se siente a gusto y feliz. «En cierto modo se trata de una autobiografía», dice en la introducción; y es cierto que, entre el mundo secreto de los sueños y el mundo real en que vivía, la línea divisoria es muy fina. Y las barreras se han levantado. Aquí puede chismorrear de los demás, o dar rienda suelta a sus ansias de aventura, o deleitarse en el absurdo. Soñar era como tomarse unas vacaciones de sí mismo. A un amigo le confesó: «Recordar un sueño de principio a fin es un pasatiempo tan intenso que puede producir la ilusión de catapultarte a un mundo distinto. Uno se descubre remotamente alejado de las preocupaciones conscientes».

Una vez le dije cuánto me asombraba la claridad con que recordaba sus sueños, la minuciosidad de los detalles que conseguía retener. Me contó que era algo que cultivaba desde niño, cuando empezó a anotarlos para unas sesiones de psicoanálisis donde le pidieron que los explicara (en ocasiones con resultados embarazosos, como la vez que hubo de

confesar un sueño erótico que tuvo con la bella esposa de su psicoanalista). Más adelante reanudó el diario, y siempre dejaba a mano papel y lápiz en la mesilla de noche para apuntar, nada más despertarse de un sueño, como solía ocurrirle cuatro o cinco veces por noche, las palabras clave que por la mañana lo ayudarían a reconstruirlo. Luego lo transcribía. Recuerdo su primer diario, un cuaderno grande de cuero verde oscuro, regalo de unos amigos. Tuvo otro del color del vino de Burdeos.

Es bien sabido que a Graham siempre le interesaron mucho los sueños, y que atribuía al subconsciente un gran papel en el proceso de escritura. Se sentaba a trabajar justo después de desayunar y escribía unas quinientas palabras (hacia el final se redujeron a doscientas, aproximadamente). Cada noche acostumbraba a releer, antes de irse a la cama, el tramo de la novela o del relato que hubiera escrito por la mañana, y dejaba que el subconsciente trabajara durante la noche. Algunos sueños le permitían superar un «bloqueo»; otros le brindaban material para un relato corto, o incluso una idea para una nueva novela (como en el caso de *Campo de batalla*, y *El cónsul honorario*). A veces, por lo que afirmó en una ocasión, «la identificación con un personaje llega a tal punto que uno es capaz de soñar su sueño

y no el propio», como le ocurrió mientras escribía *Un caso acabado*, cuando pudo atribuirle a Querry, el protagonista, un sueño que él mismo había tenido, y salir así de un punto muerto de la narración.

El lado más inquietante de sus sueños era su naturaleza admonitoria. Recuerdo un día en que parecía sumamente disgustado. Cuando luego le pregunté la razón de su angustia, contestó: «Soñé una catástrofe. Espero que no le haya pasado a nadie de mi familia o a ninguno de mis amigos íntimos». Unas horas después oímos por la radio que un avión se había estrellado en el mar, entre Córcega y Niza, a escasas millas de su apartamento en Antibes, y toda la tripulación, creo, había muerto. Uno de los pasajeros a bordo era el general Cognny, a quien Graham conocía bien de su estancia en Vietnam.

Hubo muchos casos así. Visiones de pánico y angustia, visiones de felicidad: las impresiones que dejaba un sueño en su mente eran tan vívidas, tan claras en todos sus detalles, que a veces al despertar seguían rondándole e influían en su humor durante horas.

Hoy, al recordar, no puedo evitar pensar en un sueño recurrente suyo que, casi como un acertijo, parece encerrar ahora un mensaje personal. En *Una*

especie de vida hace referencia a una serie de sueños que se repitieron a lo largo de los años posteriores a la muerte de su padre, en 1943, y escribe: «En ellos mi padre estaba siempre recluido en el hospital, aislado de su mujer y sus hijos; aunque a veces volvía a casa de visita, era un hombre silencioso y solitario, no del todo curado, que al cabo debería volver al exilio. Los sueños siguen vívidos incluso hoy, hasta el punto de que a veces debo hacer un esfuerzo para darme cuenta de que no hubo ningún hospital, ninguna separación, y que mi padre vivió con mi madre hasta que murió». Tal vez la tristeza que le provocaban esos regresos frecuentes al hospital sea sólo una coincidencia, pero es difícil no ver en los sueños una premonición de lo que Graham habría de soportar en carne propia, casi medio siglo después, al final de su vida: sus propios exilios forzosos en un hospital, que tanto lo hacían padecer.

En este último libro suyo nos permite entrever la extenuante vida interior, la esquiva fuente de creatividad que reside tras esa puerta que siempre mantuvo firmemente cerrada, por temor a que un intruso destruyera «la figura de la alfombra». A modo de despedida, Graham nos abre una puerta a su mundo propio.

Graham, en *El poder y la gloria* escribiste: «Los mundos rutilantes se extienden por el espacio como una promesa; el mundo no era el universo. En alguna parte, quizá Cristo no haya muerto».

Si ese lugar existe, sin duda lo has encontrado.

YVONNE CLOETTA
Vevey, Suiza
Octubre de 1991

Que para los que están despiertos hay un mundo u ordenación único y común o público, mientras que de los que están durmiendo cada uno se desvía a uno privado y propio suyo.

HERÁCLITO DE EFESO, 500 A. C.

[Según traducción de Agustín García Calvo, en *Razón común*, Editorial Lucina, 1985]

INTRODUCCIÓN

Puede ser un consuelo a veces saber que existe un mundo que nos es estrictamente propio; la experiencia en ese mundo, del viaje, del peligro, de la felicidad, no se comparte con nadie más. No hay ningún testigo. Ningún pleito por difamación. Los personajes con los que me encuentro allí no recuerdan haberme conocido, ningún periodista o aspirante a biógrafo puede contrastar mi versión con la de otro. Difícilmente se me puede acusar de violar la Ley de Secretos Oficiales por un incidente relacionado con los servicios de seguridad. He hablado con Jrushchov en una cena; los Servicios Secretos me han enviado a asesinar a Goebbels. No miento. Y aun así, de todos los testigos que compartieron conmigo esas escenas, no hay uno solo que pueda alegar con conocimiento de causa que lo que digo no es verdad.

Decidí seleccionar, de un diario de más de ochocientas páginas iniciado en 1965 y concluido en 1989, escenas escogidas de mi Mundo Propio. En cierto modo se trata de una autobiografía, que empieza con la felicidad y acaba con la muerte, de una vida un tanto estrafalaria a lo largo del último tercio

de un siglo (las guerras que se mencionan corresponden a los años sesenta, no a los cuarenta); pero ningún biógrafo se molestará en utilizarla, por más que a veces incluya una fecha, cuando para satisfacción mía me apetece citar el día y el año en que tuvieron lugar un suceso o una reunión inusuales.

Por esa razón, al principio pensé en empezar con el inesperado encuentro que tuve con Henry James a bordo de una embarcación fluvial en Bolivia, en la primavera de 1988. Sin embargo, la idea de abrir con ese extraño episodio cambió cuando, tras más de veinte años registrando este mundo privado en mis notas, en enero de 1989 experimenté por vez primera la felicidad. Los grandes nombres son algo común en mi Mundo Propio, mientras que, de una felicidad inexplicable y sin sentido, ésta es la única experiencia que me consta.

Aunque a menudo se ha dicho que el opio ayuda a abrir la puerta cerrada de ese mundo, personalmente no puedo corroborarlo. En los años cincuenta, cuando estaba en Vietnam y Malasia y fumaba opio, llevaba un diario de los muchos episodios violentos que ocurrían en el Mundo Común. En cambio, mi memoria conserva un único suceso notable de mi Mundo Propio; notable por remontarse en el tiempo, nada menos que hasta el año 1 D. C.

Vivía yo entonces no muy lejos de Belén, y decidí caminar hasta aquel pueblecito para visitar un burdel que conocía; llevaba conmigo una moneda de oro con la que pagar a la chica que eligiera. Al acercarme al pueblo asistí a un extraño suceso: un grupo de hombres con vestimentas orientales hacían reverencias y ofrendaban obsequios. ¿A qué? A una pared. No había allí nadie para recibir sus regalos ni devolverles el saludo. Me detuve a observar esta curiosa escena hasta que algo, no sé el qué, me impulsó a lanzar mi moneda de oro contra la pared y dar media vuelta.

El tiempo en el Mundo Propio de cada uno puede transcurrir lentamente o avanzar con mucha rapidez. En este caso, los siglos pasaron como un fogonazo y me encontré de pronto tumbado en la cama, leyendo en el Nuevo Testamento la historia sobre unos reyes de Oriente que llegaron hasta un pesebre en Belén, y me di cuenta de que era eso lo que acababa de ver. Mi primer pensamiento fue: «Bueno, fui a Belén a darle la moneda de oro a una mujer, y al parecer se la di a una mujer, aunque todo lo que vi fue una pared».

En el Mundo Propio existe una faceta imaginativa completamente distinta de la del Mundo Común. Robert Louis Stevenson, a propósito del

extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde, dijo en una entrevista: «En una ocasión estaba muy mal de dinero y vi que tenía que hacer algo. Pensé mucho, me esforcé en encontrar un tema sobre el que escribir. De noche soñé la historia, prácticamente acudió a mí como un regalo, y lo que quizá sea aún más curioso es que eso de soñar historias ya se me había hecho costumbre. Así, no hace mucho, soñé el argumento de “Olalla”, y en este momento tengo entre manos dos historias, no escritas aún, que también soñé».

«Olalla» es un cuento de Stevenson injustamente olvidado que guarda una especie de similitud soterrada con el doctor Jekyll. El relato sin duda pertenece más a su Mundo Propio que a España, donde se supone que transcurre, del mismo modo que en el Londres del doctor Jekyll tenemos la sensación de deambular por las calles de Edimburgo, o de una ciudad del mundo personal de Stevenson.

Lo extraño es que el autor, cuando está en el Mundo Común, se siente un forastero en ese Mundo Propio suyo, y Stevenson acabó perdido y desconcertado por su relato. Comentó en una carta: «El problema con “Olalla” es que por alguna razón sueña falso... La cuestión es, ¿qué hace que una historia sea verdad? “Markheim” transmite verdad; “Olalla”

no, y no sé por qué». Llegó al extremo, en el caso del doctor Jekyll, de tirar el primer borrador al fuego.

Algunos de mis relatos breves partieron de recuerdos de mi Mundo Propio. En «Sueño de una tierra extraña» conté mi experiencia en ese Mundo, cuando buscaba tratamiento en Suecia para curarme de la lepra. Sólo añadí el sonido de un disparo que cierra el relato publicado. En otro cuento, «La raíz de todo mal», situado en Alemania a comienzos del siglo XIX, no cambié nada cuando me desperté, con una sonrisa de satisfacción en los labios, recién llegado de mi Mundo Propio al Mundo Común.

Hay otro aspecto de eso que llamamos sueños, que J. W. Dunne plantea de un modo muy interesante en su libro *Un experimento con el tiempo*: contienen retazos del futuro así como del pasado. Ya he contado en otra parte que a la edad de siete años soñé un naufragio la misma noche en que se hundió el *Titanic*, y en otra ocasión, nueve años después, asistí nuevamente a un naufragio desastroso en el mar de Irlanda. Al repasar mi largo historial de sueños, advierto una y otra vez incidentes del Mundo Común que ocurrieron pocos días después de haberlos soñado. Son demasiado triviales para incluirlos aquí, pero estoy convencido de que Dunne estaba en lo cierto.

La extrañeza de mi encuentro completamente inesperado con Henry James en mi Mundo Propio, cuando menos, merece prioridad en el segundo capítulo, al que le he dado el título de «Algunos escritores famosos que he conocido». A diferencia del biógrafo, yo no veo la necesidad de seguir a pies juntillas el paso de los años, y el hecho de haber estado en una habitación de hotel con el papa Juan Pablo II, por más que sea anterior, parece poco importante al lado de mi más reciente encuentro con Henry James. (Estoy seguro de que nada bueno nos hubiera aportado, ni al papa ni a mí, que lo hubiera despertado en aquella ocasión. No estábamos hechos para caernos bien.)

Quizá parezca extraño que el lado erótico de la vida esté ausente de estas notas, pero no deseo involucrar a quienes he amado en mi Mundo Propio, a pesar de que nada puedo hacer para censurar a los biógrafos y periodistas que escriben sobre esos asuntos en el Mundo Común. Tampoco aparece aquí la pesadilla. Abundan las guerras y los peligros, pero nada es peor que la bruja que rondaba el pasillo de mi casa, por el que de pequeño iba al cuarto de los juegos, hasta el día que le planté cara y desapareció para siempre. A menudo he conocido el miedo en mi Mundo Propio, en Haití y Vietnam, pero nun-

ca el terror, nunca la pesadilla. Tal vez siempre haya habido un punto de aventura y una especie de placer en mi miedo, tanto en el Mundo Común como en mi Mundo Propio.

I

FELICIDAD

Era el año 1965. Había decidido colaborar un poco con la campaña del partido liberal en unas elecciones parciales próximas y elegí una población rural llamada Horden. Al parecer no se podía viajar allí desde la estación central de Victoria, sino que se llegaba por un ramal distinto, la línea de Horden, a la que se accedía por una entrada independiente. Supuse que era una línea muy antigua e interesante, y resultó ser así.

El primer tren que salió se componía de preciosos vagones que debían de tener más de cien años; sin embargo, ese tren no iba a Horden. El segundo sí, pero estaba abarrotado de gente. Me sorprendió la amabilidad y la jovialidad de los pasajeros, que me acogieron y me hicieron sitio en un vagón muy lleno. Todos llevaban extrañas vestimentas, eduardianas o victorianas, y me fascinaron las estaciones por las que pasábamos. En un amplio andén había niños jugando con globos escarlatas; otra estación remedaba un templo griego en ruinas; en un punto, la vía se estrechó y el tren atravesó una especie de túnel hecho de colchones.

Nunca en mi vida me había embargado tal sensación de felicidad. Empezaban a apagarse las luces en las pintorescas casas por las que pasábamos, y deseé volver a estar justo a esa hora de la tarde con la mujer que amaba.

El tren paró junto a una pequeña tienda de antigüedades y oí decir a un pasajero:

—Ves, todos los hombres están bebiendo o jugando a las cartas.

Con una pareja joven (la chica, bonita aunque poco sensual, y el marido, un hombre atractivo sencillo, de pelo rizado y cara franca) me sentí casi instantáneamente como entre viejos amigos.

—Hace cincuenta años que vivo en Londres y nunca había oído hablar de la línea de Horden. Podría hacer este trayecto cada día y no me cansaría —dije.

—Sólo una cosa: no deje que lo alojen en un hospital, si se queda a pasar la noche —dijo la chica.

—¿No hay hoteles?

—Son igual de malos.

Había decidido olvidarme de hacer campaña. Todo lo que deseaba era visitar Horden. Tenía pensado volver a Londres para la cena, pero de todos modos al apearme pregunté a qué hora pasaba el último tren. Me inquietaba que hubiera salido ya

y tener que quedarme en un hostel desagradable. Sin embargo, todo estaba en orden, había un tren a las diez y veinticinco de la noche.

La chica me cogió de la mano y dijo que me enseñaría el pueblo.

–Primero os tomaréis los dos una copa conmigo –dije yo. Veía que los bares estaban llenos de gente alegre–. No seréis abstemios, ¿verdad? –pregunté.

–No –dijo la chica.

–Entonces elige el pub más bonito.

Todo el tiempo que pasé allí me acompañó esa sensación de felicidad inexplicable. Ojalá pudiera volver un día al pueblecito de Horden, que existe en mi Mundo Propio pero no en el mundo que comparto.

II

ALGUNOS ESCRITORES FAMOSOS QUE HE CONOCIDO

Es curioso que en mi Mundo Propio no haya autores vivos. Se diría que un autor debe morir antes de entrar en mi mundo secreto para que yo tenga el gusto de conocerlo.

HENRY JAMES

El 28 de abril de 1988 me vi embarcado en un desagradabilísimo viaje por río a Bogotá en compañía de Henry James. El barco zarpó pasada la medianoche, y tuvimos que arreglárnoslas para caminar por el muelle completamente a oscuras, con el equipaje de mano a cuestas. Me habría echado atrás de no ser por la firmeza que mostraba el gran autor y mi admiración por su obra.

Empeoraba aún más las cosas el vozarrón de un oficial, invisible en la oscuridad, que no dejaba de increpar con amenazas.

—A quien intente subir a bordo sin billete se le impondrá una multa de mil dólares.

Con tanta gente empujando para embarcar ni siquiera era fácil mostrar los billetes.

No había ningún sitio donde sentarse (sólo conseguimos apretujarnos en un pasillo abarrotado, sobre todo de mujeres), pero a Henry James no le oí ni una queja. En algún lugar del río, el barco se detuvo unos minutos y bajaron algunos pasajeros. Como me pareció que podríamos aprovechar la oportunidad, apremié a James para escapar también, pero no, no quiso ni oír hablar de ello. Debíamos seguir hasta el final. «Por razones científicas», me dijo.

ROBERT GRAVES

Una noche tuve un feliz encuentro al lado de un camino con Robert Graves, que parecía tan joven como cuando lo conocí en el Mundo Común en 1923 y él vivía cerca de Oxford. Se alegró de volver a verme y recordó la ocasión en que tropezamos en la frontera italiana, y que yo había olvidado. Le dije cuánto había admirado siempre su poesía, incluso en los años veinte, y que aún atesoraba un ejemplar de su primeros poemas, *En el brasero*.

—¿Recuerdas —le pregunté— aquel libro de versos mío tan terrible, *Abril balbuciente*, del que sólo

salvaste uno de los poemas? –Y con picardía añadió: Ahora se subasta por un precio más alto que tu primer libro.

JEAN COCTEAU

En noviembre de 1983 conocí a Jean Cocteau en una fiesta y me sorprendió gratamente. Como le dije con franqueza, esperaba que tuviera una mirada fría, pero me pareció comprensiva, incluso afectuosa. Su novio apareció poco después borracho como una cuba.

FORD MADOX FORD

Hablando con Ford Madox Ford quise expresar mi admiración por uno de sus libros, que trataba sobre la guerra civil española. Dijo que él nunca había escrito tal libro. Tratando en vano de recordar el título, busqué en mis anaqueles alguna obra suya, por ver si aparecía citado. Encontré sólo dos volúmenes en la edición de Bodley Head; uno era un libro de ensayos del que yo no sabía nada. No se indicaban más títulos suyos. De pronto (varias veces estuve a

punto de decir *Por quién doblan...*, pero me con-
tue) me vino a la memoria: *Algunos no lo hacen.*

Dimos juntos un precioso paseo por el campo. Me habló de una leyenda en que la Virgen, desde lo alto de un monte, se agachó y sacó del río, al lado del cual en ese momento pasábamos, a un hombre que se estaba ahogando a siete millas de distancia.

–Pero aquí el terreno es bastante llano –le dije.

–Si te fijas bien, verás que no. Hay ligera pendiente desde el molino hasta la esclusa.

La gente me había hablado de la mujer que se ocupaba de la esclusa, una cocinera estupenda con un gran interés en la historia local, que trataba de contagiarles a sus hijos.

Empezamos a cruzar un campo; yo estaba algo inquieto, porque había un toro grande junto a un novillo que se mostraba demasiado interesado en nuestros movimientos. Retrocedí hasta el camino y, al volverme, vi que el novillo se había montado en los hombros de Ford. A él no parecía molestarle.

Seguí andando hasta la esclusa para esperarlo. Olía deliciosamente a comida casera, y la mujer estaba hablando con una vecina. La esclusa estaba justo en la entrada de un pueblecito. Ford se reunió conmigo. La mujer nos recomendó tomar sopa y pescado. Dijimos que iríamos al pueblo a com-

prar una botella de vino. Ella se ofreció a mandar a su hijo, que iba vestido con una especie de blusón, como un jornalero de los de antes, pero nosotros insistimos. Al irnos, Ford me dijo:

—¿Te has fijado en que a los hombres no les gusta llevar nada por debajo de la rodilla?

T. S. ELIOT

Estaba trabajando en un poema para presentarme a un concurso y había escrito un verso («La belleza ennoblece el crimen»), cuando me interrumpió una crítica que T. S. Eliot lanzó a mis espaldas:

—¿Qué significa eso? ¿Cómo va a ser noble el crimen?

Reparé en que se había dejado bigote.

W.H. AUDEN Y EVELYN WAUGH

Circunstancias bastante extrañas reunieron a ambos escritores. Yo formaba parte de un grupo que había logrado derrotar a unos guerrilleros, pero el jefe de la banda, Wystan Auden, había escapado. Estaba oculto en alguna parte entre la maleza, y empe-